



CONFERÈNCIA
JAUME
VICENS
VIVES

CUIDAR LOS ESPACIOS: CIUDAD, BIENESTAR Y PROSPERIDAD

BENEDETTA TAGLIABUE



CERCLE D'ECONOMIA

BENEDETTA TAGLIABUE

**CUIDAR LOS
ESPACIOS: CIUDAD,
BIENESTAR Y
PROSPERIDAD**

PRÓLOGO

La “Conferencia Jaume Vicens Vives” nació con la voluntad de honrar y proyectar el legado de uno de los grandes intelectuales catalanes del siglo XX. Jaume Vicens i Vives supo analizar su presente con una voluntad transformadora, interpeló a las nuevas generaciones y situó el pensamiento al servicio del país con una lucidez que sigue siendo un referente para el Cercle d’Economia. Su ejemplo nos recuerda que la reflexión rigurosa y la responsabilidad cívica son herramientas indispensables para comprender los retos colectivos e imaginar caminos de futuro.

Fieles a este espíritu, la “Conferencia Jaume Vicens Vives” invita cada año a una voz de primer nivel que nos ayude a mirar nuestro tiempo con perspectiva, profundidad y ambición. En esta edición, el Cercle tiene el privilegio de acoger a una figura que ha sabido pensar la ciudad no solo desde la disciplina arquitectónica, sino también desde una sensibilidad humana excepcional: Benedetta Tagliabue. Su obra, arraigada en el territorio y a la vez abierta al mundo, combina intuición escultórica, sabiduría artesanal y capacidad de innovación, y nos ofrece una lectura singular del papel que los espacios tienen en la vida de las personas.

La conferencia que el lector tiene en sus manos nos recuerda una idea fundamental: que la arquitectura es, antes que nada, un acto de cuidado.

Cuidar los espacios significa cuidar a las personas que los habitan; dignificar la ciudad significa dignificar la comunidad que la hace posible. A través de vivencias personales y proyectos emblemáticos —del Mercado de Santa Caterina al Centro Kàlida Sant Pau, pasando por instalaciones que han cautivado al público internacional, como la propuesta AQUA presentada en la Bienal de Venecia, donde la tradición artesanal y la experimentación digital se entrelazan en un mismo gesto creativo—, Benedetta Tagliabue muestra cómo la arquitectura puede convertirse en un puente entre individuos, una estructura que acompaña, acoge y teje vínculos.

En un contexto en el que las ciudades afrontan retos profundos —desigualdades persistentes, soledad no deseada, emergencia climática, tensiones urbanas como las generadas por la escasez de vivienda o la pérdida de cohesión comunitaria—, la mirada de Tagliabue constituye una invitación necesaria a repensar el desarrollo urbano. Nos recuerda que una ciudad no es únicamente una infraestructura, sino un ecosistema de relaciones, de memorias compartidas y de posibilidades para el bienestar colectivo. La ciudad, tal como ella la concibe, es un lugar que debe poder habitarse con dignidad y reconocerse como propio.

Este prólogo quiere destacar también la dimensión pedagógica y experimental de su trabajo. En un mundo en el que la tecnología y la tradición deben aprender a dialogar, Benedetta propone una arquitectura que combina la mano que trenza y la máquina que calcula, la imperfección del gesto artesanal y la precisión de las herramientas digitales. Esta síntesis, que forma parte de su lenguaje creativo, constituye una poderosa metáfora del futuro que queremos construir: un futuro en el que la innovación no renuncie a los valores humanos que sostienen la vida en comunidad.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que hacen posible la “Conferencia Jaume Vicens Vives” y, especialmente, a los socios y socias del Cercle, que con su fidelidad mantienen viva esta institución y le otorgan su sentido profundo. Estas páginas son también un homenaje a su dedicación.

Invito al lector a adentrarse en estas palabras con un espíritu abierto y receptivo. La reflexión de Benedetta Tagliabue nos ayuda a entender que cuando una ciudad se cuida, cuando los espacios se piensan con humanidad, la comunidad se vuelve más fuerte y el país más próspero. En esta convicción encontramos la continuidad del legado de Jaume Vicens i Vives y la razón de ser de esta conferencia.

Teresa Garcia-Milà
Presidenta del Cercle d'Economia

I.

Llegué a Barcelona por amor y por intuición. Venía de Italia con una educación llena de arte e historia. Crecí en un entorno en el que la belleza era algo cotidiano, casi inevitable. Mis padres habían transformado nuestra casa en un pequeño universo de frescos, jardines y silencios llenos de memoria. Viví en Venecia durante mis días universitarios. Ese mundo me enseñó a mirar con atención y a escuchar las historias que habitan los espacios.

Cuando conocí a Enric Miralles y decidí seguirle a Barcelona, no sabía que esa ciudad se convertiría en mi casa. Aprendí cómo una ciudad puede ser maestra y la descubrí con la curiosidad abierta de quien llega por primera vez. Barcelona me recibió con una mezcla de serenidad mediterránea y energía creativa. Cataluña me enseñó a vivir con otra luz y otro ritmo. Descubrí su equilibrio entre seny y rauxa y empecé a abrirme caminos nuevos en la arquitectura y en la vida.

Con el tiempo he visto cómo Cataluña ha evolucionado, cómo Barcelona ha cambiado, cómo nuevas energías han ido moldeando su tejido urbano. La veo como una ciudad en permanente diálogo consigo misma. Es bella, es compleja, es viva y no deja de renovarse. Es una ciudad que

enfrenta desafíos profundos y a veces contrastes: algunos tan visibles como las personas que, ahora más que nunca, duermen en la calle; otros más silenciosos, como la dificultad de mantener vínculos comunitarios en medio de la velocidad global. Sus calles han cambiado, su población se ha diversificado, sus urgencias se han vuelto más evidentes.

Cada vez más se siente que la vulnerabilidad se ha convertido en parte del paisaje urbano, y eso nos llama a reflexionar sobre el papel social de la arquitectura. La ciudad tiene la responsabilidad de reinventar su relación con la comunidad: espacios públicos generosos, viviendas dignas, arquitecturas que acompañen... Pienso que la ciudad debe ser un lugar donde siempre deberíamos sentirnos en casa. Y a menudo me pregunto qué podemos hacer, desde la arquitectura, para que ese derecho a la ciudad sea real para todos.

La arquitectura termina siendo también una responsabilidad social. Cuando proyecto, siempre pienso en las personas que van a vivir ese espacio. Y en el estudio tenemos muy presente cómo un edificio debe servir para crear vínculos. La gente necesita belleza y pertenencia: un banco que invita a sentarse, un umbral que acoge, un jardín que protege del ruido, una estación donde te encuentres a gusto... La arquitectura tiene poder cuando se pone al servicio de la vida cotidiana.

Por eso, me gusta hablar de la arquitectura como un gesto de cuidado. No se trata solo de resolver un programa funcional; se trata de crear lugares donde la gente pueda encontrarse y sobre todo sentirse parte de una comunidad.

II.

Cuando trabajamos en el mercado de Santa Caterina, sentí esta idea de cuidado urbano. Ese proyecto lo hicimos casi como si fuera una extensión de nuestra casa. Con Enric Miralles vivíamos cerca y lo recorriámos a diario. Le teníamos un cariño inmenso. En aquel momento el mercado estaba deteriorado y muchos vecinos tenían dudas sobre lo que iba a suceder. Pero yo adoraba ese espacio humilde y cotidiano en el corazón del barrio.

Queríamos que la nueva cubierta fuese como una gran piel protectora, inspirada en los colores de los alimentos que allí se vendían, que reflejara la vitalidad del mercado y diera continuidad a la historia del lugar. Queríamos que la nueva arquitectura fuera un puente entre pasado y futuro, un acto de respeto hacia quienes viven allí. Construir Santa Caterina era cuidar un pedazo de nuestra propia vida cotidiana. Hoy, cuando paso por allí, me impresiona ver cómo el mercado sigue siendo un punto de encuentro, donde la arquitectura ayuda a mantener viva la comunidad.

Santa Caterina me enseñó que la arquitectura puede ser una forma de cuidado. Y esa intuición se hizo más profunda trabajando en el Centro Kálida Sant Pau, un lugar creado para acompañar a personas que atraviesan una cura contra el cáncer, en momentos de gran vulnerabilidad. Allí, junto al Hospital de Sant Pau, comprendí la fuerza de una arquitectura que no impone: que ofrece refugio sin pedir nada a cambio. Kálida es una casa pequeña, luminosa, hecha de materiales que acarician y no intimidan. No es un edificio médico: es un lugar donde uno puede sentarse, respirar, hablar o simplemente sentirse acompañado mientras toma una taza de té. Allí entendemos que la arquitectura es capaz de sanar, no porque cure enfermedades, sino porque sostiene el ánimo.

El proyecto del Centro Kálida profundizó mi visión sobre el cuidado. Inspirado en los Maggie's Centres del Reino Unido, Kálida nació con una misión clara: ofrecer un lugar de acompañamiento a personas que atraviesan momentos muy frágiles. Kálida me enseñó que la arquitectura tiene una fuerza enorme cuando se dedica a sostener a las personas en sus momentos más difíciles. Y quizás fue allí, en esa experiencia tan humana, donde comprendí que el cuidado también puede empezar en el gesto inicial de imaginar y de hacer.

III.

La arquitectura nace muchas veces del gesto simple y ancestral de la mano que trenza, entrelaza... En nuestro estudio, este gesto no es solo una metáfora, sino un modo tangible de pensar y hacer. Dibujamos, cortamos, componemos collages; construimos maquetas conceptuales que se transforman y evolucionan en diferentes escalas, buscando captar la esencia de un espacio antes de que exista. Las manos diversas de arquitectos, modelistas y artesanos del pensamiento y del hacer dan forma al proyecto, como en el Pabellón de España de la Expo Shanghái 2010, donde el gesto de trenzar se convirtió en arquitectura: ese pabellón fue una estructura de formas libres revestida por una piel de mimbre ondulado que evoca la artesanía tradicional. En ese edificio, la mano que entrelaza el material alude directamente al tejido urbano y climático, mostrando cómo lo artesanal y lo urbano pueden integrarse y articularse en un espacio.

Este trabajo manual es esencial para nuestro proceso creativo. Las primeras ideas las expresamos con materiales sencillos: papel, cartón,

tela, hilos, maderas finas. A veces construimos estructuras efímeras que parecen vestimentas flotantes; otras veces, pequeñas cúpulas o paisajes en miniatura que nos permiten explorar cómo la forma se encuentra con la luz y cómo un pliegue puede definir un espacio. Nos interesan la imperfección y la espontaneidad del gesto, en un aprendizaje que surge del hacer. En cada maqueta se revela algo inesperado, una intuición que luego alimenta el proyecto real, como ocurre en piezas como el Càntir d'Argentona, que retoma la cerámica tradicional y el gesto ancestral de transportar agua, o en la Llàntia de Montserrat, un proyecto votivo que evoca la montaña sagrada y convierte la luz en forma ritual.

Trabajar con materiales naturales como la madera, la cerámica o los tejidos nos permite construir una arquitectura cálida, táctil, viva. Nos acerca a una sabiduría transmitida por generaciones, que la mano recuerda incluso cuando la mente olvida. Ese conocimiento artesanal es una forma de inteligencia corpórea, una coreografía compartida por distintas culturas a lo largo de la historia. En nuestra arquitectura, esta sabiduría ancestral se encuentra con la innovación contemporánea. Buscamos ese punto de cruce donde tradición y futuro se entrelazan para crear algo nuevo.

Cada obra que realizamos es el resultado de muchas manos: las que diseñan, las que hacen esbozos, las que construyen. Y esas manos interpretan y aportan. Esa riqueza de perspectivas y técnicas da al edificio una dimensión humana. Frente a los desafíos contemporáneos, pensamos en estructuras porosas, ligeras, que generan sombra y refugio sin negar el entorno. En muchos de nuestros proyectos, el tejido no es solo metáfora sino materia: una piel que viste la estructura mediante pliegues o patrones inspirados en tradiciones locales.

La naturaleza teje textura y color con ligereza. Entre la tela que viste y la cestería que estructura, nuestra arquitectura oscila como un tejido hecho a mano, donde tradición e innovación se traman para reconectar con la naturaleza, la cultura y los otros. Diseñar con las manos es recordar que la arquitectura empieza en el contacto entre materiales, cuerpos e ideas.

IV.

Diseñar también es tejer relaciones. La ciudad es un tejido social donde se cruzan trayectorias, oficios, memorias... Como arquitectos, nuestra tarea consiste en recomponer vínculos y ofrecer espacios para el encuentro para crear ambientes que inviten a estar juntos. Por eso, me interesa una arquitectura porosa, ligera, capaz de proteger sin encerrar y de integrar. Me atraen la transparencia, la luz velada, el movimiento de las sombras... Me gusta pensar que un edificio respira, que deja pasar la vida, que se abre para acoger...

Con el paso de los años, en nuestro estudio, el taller manual convive cada vez más con herramientas digitales. Recuerdo cuando llegó el 3D y empezamos a explorarlo con el Parlamento de Escocia, y más tarde en Santa Caterina y en el Pabellón de España, creando formas complejas que antes habrían requerido semanas de ajuste. Me fascinaba la libertad de rotar un espacio y verlo desde todos los ángulos, y así probar colores y texturas en segundos. Fue abrir una puerta inmensa. Y, sin embargo, los modelos digitales nunca sustituyeron nuestras maquetas de papel: al contrario, empezaron a dialogar.

Hoy el diálogo continúa con la inteligencia artificial. En el estudio hemos empezado a experimentar con estas herramientas, no como sustitutos del pensamiento humano, sino como extensiones de nuestra capacidad de imaginar. La IA nos permite visualizar ideas antes solo intuidas, explorar variaciones infinitas, descubrir caminos nuevos. Pero sigo creyendo que la esencia está en el gesto inicial, en la intención del proyecto. La IA puede sugerir, acelerar, multiplicar, pero la elección final sigue siendo humana. En ese equilibrio, creo, está la oportunidad de una nueva era creativa.

Este año en la Biennale de Venecia exploramos precisamente ese puente entre el proceso artesanal y las herramientas contemporáneas a través de una instalación que investiga el agua en su estado invisible en una colaboración entre distintas formas de inteligencia. En un esqueleto de madera que dibuja la palabra AQUA, se despliegan paredes hechas con papel de filtro recuperado, trabajado a mano en Cataluña para generar paredes plegadas en nido de abeja que se transportan planas y se abren como un acordeón generando un espacio. En su interior, una composición de música y visuales digitales transforma la estructura en una experiencia interactiva donde la investigación científica, la sensibilidad artística y la experimentación material se entrelazan para construir una narrativa común y para comunicar conceptos.

Diseñada con materiales reciclables y de bajo impacto como el papel y la madera natural, la instalación adopta la idea de circularidad: ha sido concebida para desmontarse y reutilizarse tras su paso por Venecia, siguiendo un proceso de elaboración coherente con esta filosofía. En estos días se está remontando en el Roca Gallery de Barcelona. Esta arquitectura ligera y experimental se compromete con los desafíos ambientales actuales, donde cada decisión, desde la materia hasta la forma de construir, refuerza una visión responsable del entorno construido.

En este recorrido entre artesanía e innovación, entendemos también que la arquitectura necesita espacios donde pueda debatirse, enseñarse y compartirse. La práctica del estudio siempre convivió con la investigación y con la transmisión del conocimiento, extendiéndose más allá de los edificios hacia aulas, talleres y exposiciones. Esta dimensión pedagógica y pública nos permite mantener la arquitectura abierta a la discusión contemporánea, en diálogo con generaciones nuevas y con miradas diversas, preparando el terreno para explorar juntos los desafíos del futuro.

V.

A veces me preguntan qué consejo daría a un joven arquitecto. Suelo responder que prefiero aprender de ellos. Han crecido en un mundo lleno de herramientas que nosotros no teníamos: escáneres tridimensionales, realidad virtual, algoritmos creativos, nuevas formas de comunicación... Pero creo que, incluso en ese contexto, hay algo que nunca cambia: la necesidad de entender la arquitectura como un acto de cuidado. Como una forma de mejorar la vida cotidiana. Como una oportunidad, aunque sea pequeña, de hacer nuestro mundo un poco más habitable.

Esta convicción se refuerza en mi experiencia docente, este año en Yale, donde enseñar se convierte en una forma de ensayar el futuro con quienes lo van a construir. La docencia abre la arquitectura a la reflexión colectiva y permite cuestionarla, reinterpretarla y compartirla desde la práctica, la teoría y la experimentación. Exponer la arquitectura, en una

bienal, en un museo o en una sala de estudio, es otra manera de hacerla debatible y de invitar a otros a sumarse a la conversación sobre lo que podemos y debemos transformar.

En este sentido, la Fundació Enric Miralles, situada bajo nuestro estudio EMBT, procura ser un laboratorio de pensamiento y memoria activa, un lugar donde la arquitectura se muestra y se discute. Desde allí impulsamos iniciativas que vinculan investigaciones pedagógicas y prácticas, como la exposición que tenemos actualmente, “Healing Architectures: Designing Spaces of Care”, donde exploramos cómo los espacios pueden convertirse en herramientas para acompañar y sostener a las personas y a las comunidades.

En un momento en que Barcelona asume un nuevo papel global, como Barcelona 2026 Capital Mundial de la Arquitectura y sede del Congreso Mundial de Arquitectos de la International Union of Architects (UIA), la ciudad se convierte en un escenario privilegiado para repensar esta idea de la arquitectura del cuidado. Integrada en la programación de la capitalidad, esta exposición reúne un conjunto de proyectos e ideas que responden a la urgencia de imaginar espacios de acogida y acompañamiento más allá de lo estrictamente clínico, dentro del tejido urbano.

Barcelona, con su topografía, su historia, su red hospitalaria y sus dinámicas urbanas, ofrece el contexto ideal para convertir esta “arquitectura del cuidado” en un nuevo estándar urbano: no solo en los interiores hospitalarios, sino también desplegada en el entorno público, en el punto de encuentro entre ciudad y sistema de salud. Si la capitalidad 2026 invita a reflexionar sobre la arquitectura como herramienta de transformación social, esta idea se alinea con esa mirada: hacer de la ciudad un lugar más humano e inclusivo, donde el diseño del espacio responda a las necesidades emocionales, sociales y físicas de las personas.

Y, en realidad, cuando pienso en la ciudad que queremos para el futuro, imagino espacios donde las personas no se sientan perdidas. Imagino plazas donde sea fácil sentarse, descansar, observar. Y, sobre todo, imagino lugares donde el espacio público sea un hogar extendido, donde uno pueda sentirse invitado a participar.

Quizá ese sea el verdadero sentido de la arquitectura: facilitar que todos podamos sentirnos en casa, incluso cuando estamos fuera de ella. Para mí, cada proyecto es un ensayo para lograrlo. Cada edificio intenta tejer relaciones más humanas. Y cada gesto, por pequeño que sea, puede abrir una ventana de esperanza en medio de la complejidad contemporánea.

A lo largo de los años he aprendido que la arquitectura no es solo técnica ni estética. Es una forma de relación con el mundo. Es una conversación viva que nunca termina. En cada obra intento recordar esa intención inicial: hacer que el espacio sea una presencia amable, un lugar donde vivir en una manera un poco más fácil. Eso es lo que me gustaría que acompañara esta conferencia: la idea de que la arquitectura es un acto de cuidado, un refugio, un puente, un trabajo hecho con las manos y con la mente, con la tradición y con la innovación, con la experiencia y con la curiosidad.

Y quizá la arquitectura del futuro tendrá que aprender a escuchar más y a observar mejor... Quizás será más ligera y más consciente. Tendrá que convertirse en un ámbito donde la vida pueda desplegarse con dignidad, donde podamos reconocernos y cuidarnos mutuamente. En su mejor versión, la arquitectura puede ayudarnos a sentir que pertenecemos a algún lugar; que el mundo, pese a su complejidad, aún puede ser un hogar compartido donde nos sintamos en casa.

